

AGENDA CIUDADANA

EL PATRIOTISMO BOBO

Lorenzo Meyer

Un Refugio de Sinvergüenzas.- Alguna vez existió una "Patria Boba". Fue allá en Colombia, entre 1810 y 1816, cuando varias "repúblicas" surgidas a raíz de la separación de España, en vez de consolidar su independencia haciendo frente al enemigo común, se dedicaron a luchar entre si y, naturalmente, sucumbieron a la reconquista española de 1816-1819. Pues bien, en México, desde hace tiempo asentó sus reales no una patria sino un patriotismo bobo; uno que es sonido y furia pero que hasta ahora no ha significado nada efectivo ("los mexicanos seguiremos defendiendo nuestra soberanía" Ernesto Zedillo) o ha significado lo opuesto de lo que se necesita (en nombre de la soberanía, la Secretaría de Relaciones Exteriores vetó el donativo por 340 mil dólares de la Unión Europea para que la Academia Mexicana de Derechos Humanos vigilara el proceso electoral de este año en la capital del país).

El estupendo y sabio personaje del siglo XVIII inglés que fue el doctor Samuel Johnson, afirmó hace 222 años que "el patriotismo es el último refugio de un granuja". El tiempo le sigue dando la razón. Entre nosotros es frecuente que cuando un hombre público necesita promoverse o defenderse --por deshonesto, por incapaz o por ambas cosas--, acuda a la bandera, se envuelva en ella, y pretenda hacer creer que su causa es la causa general, que quien le ataca, ataca a todos.

La historia mexicana esta llena de esos falsos patriotismos y hoy, cuando el gobierno de México ha sido puesto de nuevo a la

defensiva por la agresividad solapada del Ejecutivo norteamericano (por un lado, el presidente William Clinton mantiene una actitud muy diplomática hacia su contraparte mexicana, pero por otro, la Agencia Antinarcóticos [DEA] que depende de la Casa Blanca, califica al mexicano como el gobierno más corrupto con el que ha tenido que tratar, [Reforma 15 de marzo]) o por la abierta del Congreso y de los medios de información de ese país, ha resurgido en la clase gobernante un patriotismo de discurso airado pero sin un sostén en la realidad.

Un Chivo Expiatorio al Sur del Bravo.- Como se sabe, por disposición de una ley antinarcóticos aprobada por el Congreso de Estados Unidos, al finalizar el mes de febrero de cada año y desde 1986, el presidente norteamericano tiene que hacer un gran juicio sobre el resto del mundo y decidir por sí y ante sí cuales gobiernos han estado a la altura de su deber moral y político en relación a la cruzada mundial que Estados Unidos dice encabezar contra el narcotráfico, y cuales no. En 1997 el presidente William Clinton volvió a decir que sí a la certificación del gobierno mexicano en esta materia, pero los diputados de ese país dijeron que no y, finalmente, los senadores concluyeron en un "veremos". México, como sistema político y país, sigue bajo sospecha en Washington.

El llamado proceso de certificación no es más que una versión moderna y diluida de una vieja arma: la del reconocimiento diplomático. Negando el reconocimiento a gobiernos recién llegados y débiles hasta que aceptaran sus condiciones, los diplomáticos norteamericanos buscaron arrancar

concesiones lo mismo a Benito Juárez o Porfirio Díaz que a Venustiano Carranza o Alvaro Obregón. Hoy no se puede hacer eso con el gobierno de Ernesto Zedillo, pero se le puede amenazar cada año con no "certificarlo" y ganar así espacio de negociación. En suma, la "certificación" es una versión diluida del antiguo proceso de reconocimiento diplomático.

Se comprende la preocupación norteamericana en materia de adicciones --Estados Unidos, con un 5% de la población mundial, es el destino del 50% de todas las drogas prohibidas que se consumen en el mundo--; también se puede entender pero no aceptar, la intención de la clase dirigente norteamericana de descargar su responsabilidad en esa materia en los hombros de otros, de los extranjeros. Y no de cualquier extranjero, sino de unos muy concretos, pues resulta que desde hace mucho sociedades como la mexicana han sido consideradas por las élites norteamericanas como moralmente débiles y corruptas, y por ello resultan hoy el chivo expiatorio ideal para quienes al norte del Bravo desean localizar las causas de sus males sociales fuera de sus fronteras (sobre la naturaleza histórica de esta tendencia norteamericana a descalificar moralmente al diferente, puede consultarse el excelente estudio de Frederick B. Pike, *The United States and Latin America. Myths and Stereotypes of Civilization and Nature*, [Texas 1992]).

Así, desde lo alto de una supuesta superioridad ética, los burócratas y congresistas norteamericanos --y sus medios de difusión-- y en términos de Sor Juana, denuncian y condenan a

aquellos que pecan por la paga pero viven en medio de los que pagan por pecar.

La naturaleza de la actual crisis en las relaciones México-Estados Unidos por motivo de los fracasos de ambos gobiernos en la lucha contra el narcotráfico, exige aclarar varios puntos.

Primero.- La enorme y arraigada corrupción en México de sus aparatos judicial y policiaco y parcialmente del militar, es un hecho innegable por obvio y ningún patriotismo bobo lo puede ocultar. Nadie mejor que los propios mexicanos para atestiguarlo, pues históricamente ha sido la sociedad mexicana --sobre todo en sus estratos más pobres y más vulnerables-- la primera victima de la perversión sistemática de la justicia, de la arbitrariedad de sus autoridades y de la ausencia de un Estado de Derecho. Así pues, las acusaciones hechas contra las instituciones mexicanas en el Congreso de Washington y recogidas por los medios de comunicación norteamericanos son, básicamente, ciertas.

Segundo.- El fallo original --y principal-- en la lucha contra el consumo de drogas en Estados Unidos esta dentro de Estados Unidos mismo y no en México o Colombia, cuyas sociedades y aparatos estatales experimentan desde hace tiempo los efectos de un gran poder corruptor --el de las mafias del narcotráfico--, que se añade a los ya existentes, pero que es aún más nocivo porque dispone de recursos extraordinarios generados en el exterior. En suma, el narcotráfico esta dándole la puntilla a un ya de por si débil, ineficiente y corrupto sistema de justicia en México.

Así como la mera existencia y disponibilidad de armas no convierte en asesinos a todos aquellos que las tienen o pueden tenerlas, tampoco es la mera disponibilidad de drogas lo que hace drogadictos a los individuos. Es claro que un mayor control sobre el mercado de armamento o sobre la oferta de enervantes, ayudará mucho a controlar ambos problemas sociales, pero la existencia de asesinos o de personas que se autodestruyen en la búsqueda de paraísos artificiales, requiere de una explicación más profunda y de acciones más complejas que la mera lucha contra la venta de armas o de drogas. El problema de fondo esta en las razones que llevan a individuos y a grupos a buscar la destrucción del otro o a la autodestrucción.

Tercero.- Desde 1985 --cuando los narcotraficantes asesinaron en Guadalajara a un agente de la DEA-- las exigencias de las autoridades y de los congresistas norteamericanos a los gobiernos mexicanos han ido en aumento. Esas presiones constituyen, por un lado, golpes en las zonas blandas de un gobierno y de régimen debilitado por sus obvias fallas de funcionamiento y de legitimidad, pero por el otro, son auténticos ataques a la soberanía mexicana. Tal es, sin duda, el efecto de la cada vez mayor presencia de la DEA y de otras agencias del gobierno de Estados Unidos en territorio mexicano, o el hacer de la extradición de los mexicanos reclamados por la justicia norteamericana una prioridad y una costumbre.

Cuarto.- El verdadero patriotismo, el útil en la defensa de nuestra soberanía, no es incompatible con las declaraciones sonoras ("nuestra soberanía y nuestra dignidad como Nación no es

negociable", Ernesto Zedillo), pero sí con su falta de contenido. En la actualidad, la tarea de quienes dicen defender la soberanía no es, como supone la Secretaría de Relaciones, bloquear fondos europeos destinados a organismos mexicanos no gubernamentales que buscan acelerar nuestro tránsito a la democracia, sino todo lo contrario: destruir las resistencias internas a ese tránsito que aún quedan y que lo han prolongado por treinta años.

El patriotismo real requiere revigorizar a marchas forzadas la maltrecha institucionalidad mexicana por la vía de su relegitimación. Para lograrlo, es necesario, en primer lugar, arribar, por fin, a un régimen que tenga la aceptación decidida, el respaldo incondicional, del grueso de los mexicanos, pues sólo así se logrará para México el respeto de los otros actores del sistema internacional, en particular el de Estados Unidos. Para neutralizar una presión externa como la que ahora se ejerce sobre el gobierno mexicano, la clase política deberá aceptar eso que ha rechazado desde, por lo menos, la época de Porfirio Díaz: un aparato de justicia que no pueda ser puesto en duda ni adentro ni afuera del país. Pero para llegar a ese estadio, es indispensable contar con una verdadera división de poderes, con un congreso muy distinto del que hemos tenido hasta ahora. En efecto, la independencia y eficacia de las instituciones gubernamentales y de justicia requieren de un poder legislativo con la voluntad y la capacidad de vigilar el comportamiento de jueces, policías, generales y burócratas federales, un legislativo que no tenga como misión principal, casi única, defender al presidente y tapar todo aquello que al Ejecutivo no le interesa que sea descubierto,

como fue, por ejemplo, el caso de la recién frustrada investigación sobre la corrupción en Conasupo. Sólo un patriotismo real y no bobo, puede construir un frente común entre autoridades y sociedad que permita hacer frente a la presión externa; tal frente sólo puede existir si hay solidaridad real entre grupos, clases y regiones en el país, cosa que hoy por hoy no es el caso, pues las rupturas del entramado social mexicano son muy grandes y en vez de disminuir van en aumento.

En fin, que entre los muchos problemas que debe vencer y puede resolver el cambio de régimen político al que esta forzando la presión de la sociedad mexicana, esta justamente el de la gran vulnerabilidad frente a la única gran potencia que queda en el mundo y que, además, es nuestra vecina. Durante decenios Estados Unidos encontró muy funcional un México de partido de Estado, sin división de poderes y de presidencialismo extremo, donde el marco jurídico era uno y la realidad otra muy distinta. Sin embargo, hoy la corrupción de la justicia y de la seguridad en México, han tornado inviable a nuestro país como socio de los norteamericanos en su guerra contra el narcotráfico. Eso, más la creciente migración mexicana hacia el norte, han llevado a que la clase política de Estados Unidos vea cada vez más a los asuntos mexicanos como parte de su agenda interna, lo que pone en gran peligro a nuestra soberanía, cualquiera que se su definición. En conclusión, sólo poniendo la casa en orden podremos responder con alguna posibilidad de éxito a ese enorme reto que es la construcción de un patriotismo real, único escudo efectivo en

nuestra relación inevitable con la gran potencia de final del siglo XX: los Estados Unidos.